

“EL AGUA QUE NO VOLVIÓ VACÍA, SINO QUE CUMPLIÓ SU ENCARGO” (Is.55, 10-11)

1. Confiados en la promesa de un Dios desconcertante y fiel
2. Contemplar la historia alojada en el corazón de Dios.
3. Los dones que acompañan a la esperanza
 - a. La **paz** en el corazón
 - b. La **alegría** de ver al Señor
 - c. La **fuerza** para salir de nosotros mismos.
 - d. El **perdón** como posibilidad de nuevos comienzos
 - e. El Espíritu como la **Vida** de Dios en nuestra vida.

“Como la lluvia y la nieve bajan del cielo,
y no vuelven allá, sino que empapan la tierra,
la fecundan y la hacen germinar,
y producen la semilla para sembrar
y el pan para comer,
así también la palabra que sale de mis labios
no vuelve a mí sin producir efecto,
sino que hace lo que yo quiero
y cumple la orden que le doy”

1. Confiados en la promesa de un Dios desconcertante y fiel

Nos acercamos hoy a una de las fuentes más preciosas en la vida de un creyente, que es la fuente de la esperanza. Y ésta, la esperanza, no brota de nuestras capacidades, ni de nuestras aspiraciones, por muy buenas y legítimas que sean; ni de las metas que nos proponemos y por las que luchamos; ni de los valores que perseguimos; ni de nuestras pequeñas conquistas. Todo eso es bueno, es importante, es muy valioso, pero no es la fuente. Nuestra fuente brota directamente de la promesa de Dios. Lo que escuchábamos el primer día: “Como la lluvia y la nieve caen del cielo, y sólo vuelven allí, después de haber empapado la tierra, de haberla fecundado y hecho germinar, para que dé simiente al que siembra y pan al que come, así será la palabra que sale de mi boca, no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi voluntad y llevará a cabo mi encargo”. Dios nos ha dado su palabra de que va a empapar y a fecundar tanto nuestro corazón como el corazón del mundo. Dios ha dado su palabra y Dios es fiel. Es inquebrantablemente fiel. Y, precisamente de la fuente de su fidelidad es de donde brota y de donde bebemos el agua de la esperanza: porque Él es fiel.

Llega un momento en la vida de un creyente en el que no puede decir otra cosa que **“la fuente de mi esperanza eres Tú, Señor”**, que “sólo en Ti descansa mi alma... y mi esperanza también. Ya sólo quiero beber de esta fuente; ya sólo esta fuente me satisface. Porque me fío mucho más de tu presencia fiel, de tu susurro fiel, de tu palabra fiel, de tu amor fiel... que de mis sueños o proyectos. Me fío más de Ti que de mí”. Dice san Pablo que “la esperanza nace de la fe” y la fe se apoya en los dones de los que estamos bebiendo estos días. Bebe del agua de la confianza de que Dios cuida y va a seguir cuidando de nosotros siempre... enteramente, eternamente y también extrañamente. Y eso genera una esperanza peculiar. Bebe de la convicción de que Él se va a hacer presente incluso o precisamente en medio de las tempestades. Y lo va a hacer pronunciando para nosotros palabras de aliento: “¡Soy Yo! ¡No tengas miedo!” Que nunca va a dejarnos a merced de nuestra mala soledad o de nuestras impotencias. Que incluso del pecado y de nuestras piedras de tropiezo está haciendo Él historia de salvación con nosotros. Y que la Gracia, aunque a veces parece que tarda en llegar, llega a nuestras vidas como un torrente inmerecido, gratuito y desbordante.

De ahí nace la esperanza, de que los dones de Dios son tantos y tan grandes para con nosotros que con nosotros que nos desbordan por todas partes. Que, habiendo conocido apenas las migajas que caen de la mesa de la gracia, ya tenemos en nuestro corazón un banquete para toda la vida. Que Dios está trabajando en la realidad. Que para cuando nosotros salimos al mundo cada mañana, Él ya lleva siglos y siglos velando por las cosas y por las personas. Trabajando ahí, en lo pequeño, desde dentro. Cuidando el trigo y soportando la cizaña. Alojando en el granero de su corazón a las víctimas y a los amores anónimos. Curando con sus heridas las nuestras... ciertamente nos va a faltar corazón y vida para alojar semejantes dones. Son todas estas las fuentes que aportan su caudal al río de nuestra esperanza.

Y cuando los dones nos desbordan la reacción es el agradecimiento humilde por tanto don recibido y la adoración, que consiste en hacer sitio en el corazón para albergar todos estos dones, para albergarle a Él. Y la disponibilidad agradecida para lo que el Señor quiera de nosotros. Ojala que seamos tubería de tanto don.

Esta mañana otra vez nuestra mirada es a Jesús. Ayer leímos la Pasión como la historia de Dios Padre que sale a buscar la oveja perdida, que sale a buscarnos a cada uno de nosotros. Que sale a buscar a este mundo, muy bello, pero tiene muchas zonas perdidas. Y cuando lo encuentra, muy contento, se lo carga al hombro. Esta mañana nos llena de alegría que el Padre haya salido a buscar a ese Jesús que murió por nosotros y que, lleno de alegría, se lo lleve a sus brazos, a los brazos del Padre. En la mañana de resurrección el Padre pronuncia sobre Jesús aquellas mismas palabras que Jesús pronunció sobre la hija de Jairo: “Kalita Kum”. “Hijo mío, ponte en pie”. En la resurrección de Jesús, el Padre le da razón y le devuelve la vida. Es un rotundo y contundente “sí” sobre todos los “noes” que le rodeaban en la Pasión. Le da la razón porque confirma que ya en ese modo de amar indefenso del que hablábamos ayer, en ese modo de amar aunque no lo parezca, ya hay resurrección.

2. Contemplar la historia alojada en el corazón de Dios.

Y eso nos invita a contemplar la historia entera alojada en el corazón de Dios. Nosotros seguimos viendo el mismo granito de mostaza, la misma cizaña; el mismo trigo amenazado; la harina todavía sin fermentar del todo; el grano todavía oculto, si acaso asomando un poco... pero **nuestro corazón sabe que toda esa realidad está ya habitada y fecundada por la fuerza imparabla de la vida de Dios**. Está habitada por la resurrección. Y es precisamente la resurrección la que nos da mirada para ver que lo mismo... ya no es lo mismo. Que las mismas cosas ya no son las mismas cosas. La resurrección es una experiencia profunda de confirmación: En esa semilla está el árbol en ciernes. En esa levadura asoma la hogaza de pan. En ese trigo mezclado, se adivina la cosecha generosa. En ese grano de mostaza han puesto los gorriones su esperanza de anidar. La resurrección de Jesús no anula ni una gota de realismo, pero coloca al realismo entero en el corazón del Padre. Y ahí está todo salvado, todo redimido, todo es historia de salvación. Incluso el peor de los pecados. Incluso la muerte del más inocente: Jesús.

La resurrección nos ha metido en el corazón, como a la samaritana, un manantial de esperanza que salta hasta la vida eterna. Y dar con ese manantial se lo debemos a Jesús. Uno de los regalos más preciosos de la resurrección es que podemos ver toda nuestra historia y toda la historia de la humanidad (con todas sus miserias y crueldades incluidas), discurriendo ya por el río de la gracia. Y esto es uno de los dones del Resucitado. No surge por deducción. Se nos regala una mirada capaz de descubrir lo que está en lo escondido. → la esperanza que no nace de tener el noviciado lleno, o de que nuestros alumnos entren en la universidad que quieren, o de tener fuerzas, salud, éxitos como con 25 años

La esperanza de un creyente no es triunfalista. Sigue siendo pequeña, muy pequeña, impresionantemente pequeña en su formato, pero en su pequeñez, como la de un grano de mostaza, se aloja toda la fuera de la vida y de las promesas de Dios. Y cuando a un creyente las cosas le salen mal, se echa a confiar. Y cuando las cosas le salen bien se echa a agradecer. **La esperanza de un creyente nace directamente de la resurrección de Jesús**, de la sorpresa de que Él se ha hecho presente más allá de nuestras puertas cerradas y de nuestros miedos. Y desde dentro nos ha vuelto a regalar los dones que acompañan a la esperanza.

3. Los dones que acompañan a la esperanza

a. La paz en el corazón:

Por dos veces se repite en este texto: “La paz esté con vosotros”. Pero no se habla aquí de una paz cualquiera. Y prueba de ello es que entre la primera y la segunda vez que les ofrece la paz, Jesús les muestra las manos y el costado!!!. No es la paz pasiva y ñoña, facilona y descomprometida. Es la paz del que se implica en la vida y por tanto se lleva preocupaciones extras, coscorriones y disgustos. Es la paz “tal como la da el Señor” y por tanto es esa que nos saca de nosotros mismos, nos libera del miedo a gastarnos inútilmente, del miedo al dolor o al fracaso.

La paz, tal como la da el Señor, se recibe en el corazón del creyente, no en sus márgenes. De modo que **se pueden vivir a la vez experiencias aparentemente contradictorias**. Se puede vivir dolor y herida en lo personal y paz en el corazón. Fracasos e incomprendimientos, más o menos grandes y paz en el corazón. Enfermedad, inseguridad, soledad... y paz en el corazón. Y uno sabe por dentro que esto no es espiritualizar la realidad, sabe que nos es una anestesia que nos duerma o nos quite de preocupaciones y dolores. Más bien se trata de una paz extraña que emerge en situaciones duras en las que uno dice: “¿de dónde ha salido esto? Estoy mal pero estoy bien. Conocemos a personas que viven así las cosas y no son una pose.

La paz en el corazón es uno de los dones del Resucitado. Nosotros no la podemos producir ni controlar. Es como el viento que no sabes de dónde vino y a dónde irá. Su presencia te alivia el corazón y genera nuevas energías. Pero esa paz, que fundamentalmente se recibe, también se busca y se trabaja por cada uno de nosotros. **Paz en el corazón y paciencia activa** cuando las cosas no marchan como quisiéramos. Paz en el corazón y tenacidad en nuestros esfuerzos. Esa paz extraña no es la de los superhéroes, es la paz de los colaboradores. De quienes nos sabemos simples colaboradores en el inmenso (y a veces misterioso) hacer de Dios. De quien sabe que quien realmente está trabajando es Dios. “Mi Padre trabaja siempre y yo también” dice Jesús. No siempre sabremos cómo, habrá situaciones que nos escandalicen y que nos cierren la boca, pero dentro de nosotros está alojada esa convicción, tan fuerte y tan frágil, por la que creemos que Dios está abrazando toda la realidad y conduciéndola hacia sí. Y cuando no tenemos respuestas, volvemos a ese “Dios sabrá, aunque yo no sé”. Vivir esto, aun entre sombras, nos trae una paz inmensa al corazón, aunque la inteligencia y los afectos e incluso la salud estén revueltos. Aunque la realidad siga teniendo la dureza de siempre. El ES nos acerca el don de poder mirar toda la realidad desde el corazón de Dios y su fruto es esa paz.

Una paz que llega de forma **distinta en cada momento de nuestra vida**. Paz cuando estamos hasta arriba de trabajo y paz cuando nos falta. Paz cuando nuestra vida está llena de relaciones y paz cuando nos acompaña la soledad durante buena parte del día y de los días. Paz cuando el cuerpo y la mente y el ánimo responden y paz cuando alguno de los tres o los tres se quedan rezagados. Paz cuando podemos y cuando podemos menos. Paz cuando luchamos por salir adelante y paz nos toca aceptar nuestra realidad. Que vivamos poco y mal **esta paz del Resucitado** no quiere decir que no sea posible y que no sea real ya en mucha gente. Al menos que sea uno de los dones que hoy pidamos al Resucitado, para nosotros y para gente que queremos. Para nuestra comunidad y para este mundo nuestro. Pacificados por el Resucitado para poder ser un poco más instrumentos de paz en nuestros contextos.

→ “Danos Señor esa paz que nace en plena lucha” pedía Casaldaliga. Que en nuestra vida no falta la lucha de cada día y la paz que la sustente.

b. La alegría de ver al Señor

Los discípulos aquellos se llenaron de alegría al ver al Señor. ¡Cómo no si era lo mejor que les había pasado en la vida! Tampoco aquí se trata, como en el caso de la paz, de una alegría facilona. Todavía en su retina estaba impresa esa imagen del Señor, despreciado y abandonado. Uno de los dones más preciosos de la Resurrección es el hacer presente a Jesús en toda la realidad. “El Espíritu Santo os lo enseñará todo sobre mí”. Ni Jesús ni lo de Jesús murieron definitivamente. La Resurrección hace posible el milagro de hacer presente a Jesús en toda circunstancia. **No solo es el recuerdo de Jesús, también su presencia**. Es el que

nos hace percibir a Jesús como alguien vivo y, no solo eso, es el que nos ayuda a reconocerlo y a vivirlo como Señor. Señor de nuestras vidas y Señor de la historia. Y esa es nuestra mayor alegría. “Nadie puede decir Jesús es Señor si no es movido por el ES” 1Co. 12,17.

Durante la vida nos vamos llenando de pequeñas alegrías que hacen más fácil y más agradable nuestro caminar y el de los que nos rodean. Y mientras tengamos esas alegrías bienvenidas sean. Pero el Espíritu Santo nos va conduciendo a esa alegría honda que consiste precisamente en ver a Jesús. Ver a Jesús, cómo no, en las alegrías, pero también en las tristezas. Ver a Jesús en nuestra oración personal y en la de la comunidad, verle en el Evangelio, verle en determinadas personas con más claridad, verle en la eucaristía, verle en el pobre, verle en el hermano. Eso es uno de los dones del ES y no pequeño por cierto. Ver a Jesús en los momentos buenos y en los de apuro. La alegría de que Jesús esté presente en mi vida. De que no se haya cansado de mí (que motivos no le faltan). Alegrarme cada día de lo que me pasa pero alegrarme sobre todo de que me pase con Él. Alegría de ver a Jesús y a lo de Jesús en las cosas cotidianas, de cada día. Alegría de que en mi relación con Él se vayan cayendo los muros y barreras que nos separaban. Alegría de que Jesús no se desentienda ya de este mundo, que siga siendo Él “fuente de esperanza para los decaídos”.

En otro lugar dice Jesús: “Alegraos cuando se os sometan hasta los demonios” es decir: “alegraos en los momentos de plenitud”. “Pero alegraros más bien porque vuestros nombres están grabados en el corazón de Dios”. Una alegría así saluda a las alegrías pequeñas (aunque les advierte cariñosamente de que no ocupen los puestos centrales) y cuando llega la tristeza le recuerda: “tú no tienes la última palabra”. Quizás nuestra alegría no sea bulliciosa, pero tiene la posibilidad de nacer de una fuente más honda que nosotros, más honda que nuestros sentimientos de valía o inutilidad, de nuestras fuerzas o de nuestros cansancios, que nuestra autoestima o nuestro estado anímico.

De esta alegría dice el Evangelio “que **no nos la quitará nadie**”. Y aquí nos ocurre lo mismo que con la paz. Que vivimos esto tan a medias que, ojala esto nos lleve más a la súplica que a la desconfianza. Esta mañana pedimos esa alegría al ES, que la derrame en nuestros corazones y en la gente que amamos. Que la derrame sobre todos sus hijos e hijas. Alegría sobria pero honda. Alegría que nos alegra y alegría para alegrar. Hasta donde buenamente podamos porque a veces la psicología nos juega más pasadas. Pero pedirla y acogerla cuando nos llega y cuidarla y darle de comer para que esa alegría no nos acabe cogiendo anemia.

En todos los relatos de las apariciones encontramos esta alegría. María Magdalena se alegra de ver a Jesús, a los de Emaús les arde el corazón, todos los testigos salen corriendo a anunciar lo que han visto. Esta mañana nos unimos a todos ellos y a todos cuantos en tantas partes del mundo se alegren de que a Jesús no se le haya tragado la tierra. Pedir esta mañana esa alegría sobria pero real, honda, llena de agradecimiento, al reconocer que Jesús sigue presente y fiel en mi vida. Alegrarme de encontrarle en ella, en mi vida y en la vida del mundo.

c. La fuerza para salir de nosotros mismos.

“Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros”. Otro de los dones del Resucitado es precisamente que nos saca de nosotros mismos y nos lleva más allá. Siempre tira de nosotros hacia afuera, hacia los otros, hacia lo nuevo. Y, siempre desde dentro. En nuestra vida puede haber paz en el corazón y alegría de ver al Señor, pero la señal de que lo que lo produce esto es un espíritu bueno, es algo verdadero, es si esta paz y **esta alegría nos moviliza hacia los otros**, nos descentra, en el mejor sentido de la palabra, hace que dejemos de mirarnos tanto a nosotros mismos.

A aquellos hombres y mujeres que estaban encerrados por miedo el Resucitado les envía fuera. Rompe cerrojos y nos saca fuera de nosotros mismos hacia el mundo y de su parte. Cuando aquellas mujeres fueron a buscar a Jesús en el sepulcro, se les anunció: “No está aquí el Resucitado, id a Galilea allí le encontrareis. Él va por delante. Buscadle en la espesura de lo real”

El Resucitado llega como *fuerza que nos saca de nosotros mismos contra la tentación del repliegue*. Cuando estamos mal, no tenemos ni fuerzas ni ganas de abrirnos a los demás. Todas nuestras pocas energías se van en ocuparnos de nosotros mismos. Esa es nuestra reacción habitual, tan humana como comprensible. Y es, precisamente ahí, donde quiere llegar el Resucitado, a esa zona dañada que se repliega como el caracol. No para lanzarnos mensajes moralistas o exigentes sino para curarnos de nuestra mismidad. Para sacarnos de nuestros ensimismamientos. Es propio del Resucitado actuar con sumo respeto, respetar nuestros tiempos y servirse de los más cercanos para llegar a nosotros. Detrás de un repliegue hay una herida que el Señor quiere curar, un miedo que el Señor quiere ahuyentar. Y eso lo hace ofreciéndonos su fuerza para salir de nosotros mismos. Nos da tiempo, nos espera, nos sostiene. Pero su deseo es enviarnos cuanto antes al mundo, a los otros.

El Resucitado llega a nosotros como **amor concreto** y como misión. Amor concreto a nuestra realidad y **misión concreta también**. Misión que nos saca de nosotros mismos. Misión que comienza con los de casa. Misión que en cada momento tiene contenidos distintos para cada cual. Misión en la que tan importante son los trabajos como los descansos. Misión que consiste muchas veces en no dormirse en la tarea y otras en aprender a dormir la tarea, a dejarla descansar, a descansar nosotros después de haber hecho todo lo que teníamos que hacer. Misión que nos mueve a no actuar angustiados, en lo posible. Es una suerte y un regalo saber que Dios cuenta con nosotros y que cuenta con nosotros así. Cada vez más entendemos que lo nuestro no son misiones imposibles, misiones heroicas. Sino muchas veces, casi siempre, la misión nos llega de lo cotidiano, de la propia familia o comunidad, del modo de estar en mi trabajo, de aceptar pequeños servicios y las progresivas limitaciones también. Nuestra primera misión consiste en amar lo que toca, y unas veces toca bueno y otras, malo. Muchas veces nuestra misión está hecha de gestos diminutos. Su valor no está en la apariencia, en la repercusión de lo que hacemos, sino en el amor que lo alimenta.

Es verdad que a veces hay misiones que nos quedan grandes, a las que solo vamos, como dice esta lectura, porque nos sentimos enviados. En todos los casos nos sentimos en el mejor sentido de la palabra unos mandados. Unos simples colaboradores en el inmenso hacer de Dios, un granito de arena sabiendo que Dios es la cantera. Y unos mandados, es decir que lo nuestro tiene algo de obediencia: “Yo os envío a vosotros”. La misión se vive como don del Resucitado y como terapia contra el ensimismamiento cuando nace y se alimenta de este envío. Nuestra misión común a todos consiste en amar. Luego el contenido concreto, grande o pequeño, vistoso o humilde, que tome ese amor es lo de menos.

Pedir esta mañana que el Resucitado nos dé esa fuerza que necesitamos cuando escasean nuestras fuerzas, que sea él que frene esa tendencia espontánea que tenemos a ir **replegándonos sobre nosotros mismos**.

d. El perdón como posibilidad de nuevos comienzos.

“A quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados” Otro de los dones del Resucitado es el perdón. Un perdón primero recibido lo más adentro de nosotros mismos. Sentirnos radicalmente perdonados y del todo no es humillante. No lo fue al menos para tantos hombres y mujeres que recibieron el perdón de parte de Jesús. Y si no que se lo pregunten por ejemplo a la llamada mujer adúltera, aquella a la que el juicio y la condena de los otros estaban a punto de apedrear. Una de las experiencias humanas más ricas que tenemos es que el perdón cura, que **hay perdones que curan**. Cuando a Jesús le presentan aquel parálítico, después de haber destrozado el tejado para bajar la camilla, Jesús pregunta: “¿Qué es más fácil poner energía en las piernas o poner perdón en el corazón? Pues para que veáis que el Hijo de hombre tiene poder para perdonar así, la fuerza en las piernas va a ser la señal.

Nos cuesta imaginar cómo es el perdón de Dios porque nuestra experiencia de perdonar es limitada. Primero porque nos sentimos poco y mal perdonados muchas veces por los otros. Y segundo porque, siendo sinceros, también nosotros solemos perdonar muy a medias. Una vez más el Resucitado llega a nosotros para contagiarnos de su modo de perdonar. No hay relación humana honda que no pase por el perdón, porque somos limitados y porque más pronto o más tarde fallamos, herimos, hacemos daño a los que queremos. Y también aquí hay ocasiones en las que nos faltan las fuerzas para perdonar. O nos falta la humildad, la verdad suficientemente reconocida, para solicitar el perdón del otro. A veces nos hiere el orgullo, a veces estamos cansados de ceder, a veces el rencor se aloja en nosotros más de lo que nos gustaría. Hay perdones grandes y hay perdones cotidianos.

El Resucitado nos regala hoy el perdón de parte de Dios. **Un Padre que perdona no 70 veces 7, sino siempre**. Un perdón que consiste en poner en pie al otro: “Ánimo ponte en pie, tus pecados son perdonados. Coge tu camilla y echa a andar”. El perdón del Padre no es un perdón de pasada o a regañadientes sino un perdón como el del Padre de la parábola, tan exagerado, tan incomprensible y tan gratuito que despierta las protestas airadas del hijo mayor. Tan generoso que arranca las protestas de los jornaleros de la primera hora que reciben lo mismo que los del final del día. Tan paciente que pide cada año, todos los años, al dueño de la viña que no arranque de cuajo esa vid que no da fruto, que la deje un año más y así siempre. Tan realista que no ignora la cizaña pero que lo que le preocupa es que queriendo arrancar de golpe el mal acabe dañando el bien, el trigo.

El don del Resucitado consiste en derramar sobre nosotros este perdón. “sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso”. Nosotros, que no lo somos tanto ni lo seremos, queremos sin embargo acudir a esta fuente. Queremos que a base de beber de ella se nos contagie algo de su poder curativo. Queremos ser tocados de perdón. Al fin y al cabo el perdón no es sino una de las formas más gratuitas de amar y eso lejos de ser debilidad o blandura es riqueza del corazón.

Hoy pedimos, aceptamos y agradecemos al Señor que siga enviándonos cada mañana el maná del perdón para alimentar nuestras relaciones cotidianas.

e. El Espíritu Santo como Vida de Dios en nuestra vida.

El gran don del Resucitado, el que resume todos los anteriores, es el ES, el hacer posible que por nuestra vida concreta y limitada corra la mismísima vida de Dios. El Es ha sido derramado en nuestros corazones. El ES hace revivir nuestros cuerpos mortales, habita en nosotros, hace posible que podamos sentirnos lo que verdaderamente somos: “hijos de Dios” y poder llamar a Dios “Abba”, Padre (Rm.8). El ES es la savia que une la vid con los sarmientos, que les tramite la vida. Sin esa savia nuestra vida queda seca. **Una savia que no se ve pero que se nota**. Que no podemos producir pero que corre por nuestra vida. Vida cuando nuestra vida está en momentos de plenitud y Vida cuando comienza a deteriorarse. Más allá de nuestra biología podemos estar vivos por dentro. Más allá de nuestras frustraciones podemos alojar a quien es “señor y dador de vida”. Más allá de nuestras interferencias, de nuestras resistencias o despistes, la Vida de Dios quiere introducirse muy dentro de nosotros. Ojala consintamos. Ojala encuentre en nosotros la acogida y agradecimiento, la disponibilidad para dejarnos invadir por tanta vida como recibimos cada día.

Más que hablar sobre el Espíritu Santo, este día queremos que su presencia, misteriosa y activa, llegue a nosotros con toda su fuerza. Más que un discurso, nuestra palabra hoy es una súplica: “¡Ven Espíritu Santo!” Una súplica que quiere recorrer este día como una cantinela, como una letanía, como una música pegadiza. Hoy queremos lanzar una mirada sobre nosotros mismos y pedir con todas nuestras fuerzas: “Ven, Espíritu Santo sobre mí; ven sobre nuestra comunidad, sobre nuestros trabajos, sobre nuestra oración, sobre nuestro mundo, sobre nuestra pobre Iglesia”. “Ven Espíritu Santo” es una súplica cuyo objetivo no es ablandar el corazón de Dios. Porque éste siempre está bien dispuesto a llenarnos con su presencia y con sus bienes. Es una súplica que intenta, más bien, suscitar en nosotros el deseo de Dios y el deseo de que su espíritu actúe en nosotros y en el mundo. Una súplica que, en el fondo, a quien trata de ablandar es a nosotros mismos.

No sabemos muy bien qué es el Espíritu Santo, pero la poca experiencia que tenemos de él, nos habla de una presencia que no viene de nosotros mismos, aunque llegue a habituarnos. De algo que pone Dios y no nosotros. De una presencia que nos sobrepasa, pero que nos habita y nos mueve. Eso que no sabemos definir y que, unas veces, toma la forma de consuelo, otras de luz, otras de aumento de fe, de esperanza o de ganas de amar mejor. El Espíritu Santo no es tanto para hablar sobre él sino para dejarle hablar a él, para dejarnos conducir, empujar, guiar, por él. Que ésta sea la súplica y el don que el Resucitado vaya dando a nuestra vida.